

Vivir el verano

En algún lugar del lecho marino

Vicky

Vilches

La diferencia entre los multimillonarios y nosotros es sencilla. Nosotros nos limitamos a leer de niños las aventuras del capitán Nemo y admirar de mayores las pericias de Marko Romius, el intrépido comandante del Octubre Rojo; ellos juegan a imitarlos desde el puente de mando de sus propios submarinos. El grito de moda entre los ricachones de nuevo cuño no es otro que: ¡Inmersión! Su sonido preferido es ahora esa peculiar sucesión de agudos pitidos producidos por el sónar. De cuando en cuando abandonan los miles de hectáreas de sus espléndidas posesiones en tierra por angostos corredores presurizados. Cambian la contemplación del extraordinario galopar de sus sementales de pura raza por los lentos movimientos de los caballitos de mar en su hábitat natural. En definitiva, su último y algo claustrofóbico capricho es adquirir pequeños submarinos privados realizados a la medida de sus excéntricos gustos y de sus boyantes cuentas corrientes. El club de los cien La lista de millonarios con submarino, según fuentes de Bloomberg, es aproximadamente de un centenar. Pero lo complicado no es calcular su número, sino poner nombre y apellidos a los miembros de este club de los cien. Las empresas que en Dubai o en Seattle construyen submarinos privados guardan los nombres de sus clientes con el mismo secreto con que el Pentágono custodia los mapas de ruta de los submarinos nucleares que circunnavegan la Tierra cargados de misiles intercontinentales. Sólo dos hombres de esa exclusiva lista han hecho públicas sus posesiones sumergibles: Paul Allen, cofundador de Microsoft, y Román Abramovich, «el Rockefeller de Siberia» y presidente del Chelsea. Apasionado del rock and roll, se dice que el antiguo socio de Bill Gates pintó su submarino de amarillo dada su admiración por los chicos de Liverpool. Pero lo cierto es que de semejante color y a tenor de su minúsculo tamaño –12 metros de eslora–, el caprichito de Allen se asemeja a uno de esos patitos de goma con los que los bebés juegan en la bañera, sobre todo si lo comparamos con los submarinos de la clase Tifón con los que Romius hacía la maniobra del «Loco Iván». Juguetes para niños. Juguetes para niños grandes. Juguetes grandes para locos caprichosos. Son las locuras de los nuevos millonarios rusos los que parecen sustentar especialmente este sector. Caviar, champán y desenfreno en las profundidades marinas para una nueva clase de ricos emergida del nuevo capitalismo post-soviético. Si el hundimiento del submarino Kursk y toda su tripulación fue tal vez la mejor metáfora del desplome de la URSS, los nuevos submarinos privados parecen el mejor botón de muestra de esa clase de excesos en la que incurre el consumismo desenfrenado. Abramovich posee una auténtica flota personal que incluye superyates, submarinos y vehículos de exploración de la superficie marina. Según el «Sunday Times», su flota supera en longitud a la albanesa y se acerca a la de Irlanda. Para millonarios con ganas de emular al dueño del Chelsea se recomiendan

opciones de mayor amplitud que el patito amarillo de Allen, como el submarino «Phoenix 1.000», un auténtico palacio sumergible digno de Lex Luthor. El modelo se construye por encargo, tiene 65 metros de eslora y varios pisos con suites, salones, sala de cine y hasta gimnasio. Interesados, contactar con Theresa Bernabé, empresaria gaditana especializada en inmuebles para ricos. ¿Cuánto tardará alguno de sus futuros propietarios en enseñarnos su decoración en las páginas del «Hola»? Pero la cuestión no es saber si utilizan cretonas inglesas o diseños de Philippe Starck. La cuestión es saber qué hay de anticipatorio en estas actitudes de los ricos aventureros del tercer milenio. Los expertos pronostican que de aquí a 20 años los cruceros submarinos no serán ninguna excentricidad y sí todo un filón para llevar a los niños a buscar a Nemo. Disneyland suena, definitivamente, a siglo pasado.

http://www.larazon.es/noticias/noti_viv22069.htm